

Testimonios
de la guerra

LA dieta a que nos sometió el franquismo durante su interminable túnel pareció que nos iba a impedir conocer una parte de nuestra Historia o el punto de vista histórico no oficial de la guerra civil. Estuvo a punto de conseguirlo, y de haber durado algunos años más, quizá lo hubiera logrado y sólo hubiéramos podido desentrañar no la verdad de aquellos acontecimientos, que es algo que en sus líneas generales no podía ocultarse, pero si esa historia de la vida cotidiana descriptiva de la auténtica dimensión humana y social de aquellos acontecimientos.



Julián Zugazagoitia.

Sin embargo, afortunadamente, los últimos años han sido prolíficos en la publicación de testimonios por intervinientes directos, no de lo que pasó, ni por qué pasó, que bien lo sabemos, sino el cómo transcurrieron aquellas jornadas.

Entre los variados trabajos que cumplen esta función me atrevo a destacar tres. Dos de ellos forman parte de un conjunto de notas que nos relatan pequeños acontecimientos para la Historia, pero grandes y decisivos para quienes fueron sus protagonistas. El otro es una especie de autobiografía que narra, a través del protagonista, tanto los prolegómenos de la guerra como ésta, para traspasar las fronteras de la misma y llegar prácticamente hasta nuestros días. En los dos primeros casos, los que ha-



ESPEJOS

RENACE en España la pasión por las "Memorias", que en el siglo XIX parecían un deporte patrio y que luego durmieron un largo letargo del que nos despertó Manuel Azaña con aquel ingenioso y cruel recuento de la etapa más esperanzada que tuvo la España que vivimos.

Las "Memorias" ofrecen la fascinación de darnos lo obvio que estuvo oculto, los intersticios de lo que ocurrió, relatados por el que tuvo un cierto interés en despistarlas de nuestra vista cuando sucedieron las cosas. Ante las "Memorias" se produce la morbosidad del strip-tease. Aunque al final se vea lo que ya se conoce, el entretanto ofrece toda la capacidad de sorpresa que es posible almacenar en el engranaje cerebral.

Lo bueno de las "Memorias" de Azaña, entre otras cosas, es que fueron escritas por un novelista, o, más precisamente, por un escritor. Para relatar una "Memoria" uno tiene que recurrir a la metáfora, y aquel que no tiene el hábito cotidiano de la escritura tiende a confundir el diario, la anécdota telegráfica, con la "Memoria".

Este es el caso de Memoria breve de una vida pública, de Manuel Fraga Iribarne, que fue presentada por el ex ministro de Información de Franco el jueves pasado en Madrid. Cuando profundidad, editorializa, y cuando es leve, Fraga Iribarne, que domina un idioma ministerial, de órdenes y contraórdenes, como un ujier de la alta política, puede ser terriblemente leve. Vuela a ras de tierra cuando trata de volar alto y cuando no trata de volar se queda a ras de tierra.

blan son un socialista y un simpatizante comunista.

El primero, Julián Zugazagoitia, recoge una serie de recuerdos de su experiencia durante el periodo bélico en el Madrid asediado, a cuyo proceso asistió desde su despacho de Carranza, 20 (1) —que da título al libro—, bajo los retratos de Marx, Pablo Iglesias y Darwin, pero también en Guadarrama, el barrio de Usera, la carretera de Valencia, en Argüelles o en La Marañosa;

(1) Madrid, Carranza, 20. Julián Zugazagoitia. Biblioteca. Ed. Ayuso, Madrid, 1979. 143 págs.

con Miaja o con la Brigada Mixta.

Si Zugazagoitia fue un militante socialista, totalmente al servicio de su partido, José Herrera PETERE, a quien se debe el segundo testimonio, fue un poeta con simpatías en su momento por los comunistas, y es a quien se debe una obra escrita para estimular el ánimo de combate y resistencia, también en aquel Madrid asediado. Acero de Madrid (2), que recibía en 1938 el Premio

(2) Acero de Madrid. José Herrera Petere. Ed. Laia/Paperback. Barcelona, 1979. 190 págs.

ADIOS A LAS LETRAS

Manuel Fraga.

En cualquier caso, conviene subrayar la publicación de un libro de Memorias por parte de un personaje que suele ser reticente a la confesión y que suele creer que su opinión de las cosas se convierte, por producirse en su intelecto, en un secreto de Estado. Para Manuel Fraga resultan hechos trascendentales en la vida cotidiana de España tanto su baño en Palomares como su zambullida en su histórica decisión de perder peso.

Lo bueno de estas "Memorias" es que excitan la pituitaria de los denostados y hacen que los utilísimos índices onomásticos sean abrevaderos sin los cuales esos libros serían sembrados sin surcos, tierras en las que nacen hierbas entre las que no se puede expurgar nada porque todo es densamente tupido.

Yo creo que estos libros de Memorias se escriben para hacer índices. Fraga Iribarne aprendió la técnica en Gran Bretaña, donde cualquier libro que se precie trata de competir con la compañía telefónica e introduce al final una guía fidedigna y exhaustiva de quienes van dentro. Fraga lo aprendió casi todo en Londres, pero en este libro se queda un poco como el aprendiz inexperto, porque, por lo que he visto, dos de los citados, Fernández Santos y Cebrían, aparecen en el índice con nombres propios profundamente distintos a los de los personajes de los que en realidad habla el autor. Es el bonito juego del protagonista volatizado y transfigurado en otro ente real que parece de ficción.

Las "Memorias" son espejos, digámoslo de una vez. La memoria de Fraga se titula breve. En el caso de nuestro intrépido personaje, breve no es una declaración de humildad, porque él necesita espejos largos en los que contemplar la figura que él cree tener. Breve, en su caso, quiere decir, poco más o menos: "Amigo mío, eso es todo lo que tenía que decir, a esa pregunta no le respondo, y no vuelva usted a insistir, porque estoy en disposición de decirle que ese carnet que tiene me lo debe, así que a otra cosa, que hay que ponerse a trabajar y este es un asunto serio. Un asunto de Estado sobre el que no pienso decir ni una palabra más. Encantado". ■ SILVESTRE CODAC.

Nacional de Literatura, trata también de recordar lo que sucedió a caballo de la fatídica fecha del 18 de julio de 1938, pero introduciendo personajes más o menos de ficción, pero que al ser de ambos bandos tienen el valor de reproducir cómo veía el "rojo" al "fascista".

Testimonio de mi tiempo (3) es, como se recuerda en la propia portada, las Memorias de un español republicano, de Márquez

(3) Testimonio de mi tiempo. A. C. Márquez Tornero. Ed. Orígenes. Colección Tratados de Testimonio. Madrid, 1979. 387 págs.

SIGNOS DE ADMIRACION

MANUEL ANDUJAR

"Credo de libertad"
y otras presencias

NO ya por vinculación política y administrativa, en el continente fronterero, su costa desde Máiaga avistada; tampoco en virtud de un tangible carácter territorial, pegajosamente fronterizo: si a resultas de vínculos y orígenes civiles, humanas, al margen de lo castrense, la ciudad de Melilla alberga isloes culturales a lo andaluz entroncados. Y quienes mantienen encendidos esos fuegos-lares, marcados por su posible transitoriedad, a merced de un estar sólo inserto, abolida la entera seguridad del futuro común, no cejan en un quehacer de afirmaciones expresivas.

Pero este grave condicionamiento, existencial y espacial, no es causa única de las notas de clasicismo bruñido y de colindante paganía mediterránea que a lo africano se adhiere para distinguir una creación poética de vasto empeño y tenaz laboreo, la de Miguel Fernández. La razón hemos de atribuirle también, concorde, al temperamento sobrio y un tanto ensimismado del escritor, a su mesurado sentir y a su perspectiva de terrenas trascendencias. Incluso algún bordoneo elegante-sexual en sus versos —ejemplo, "Eros y

Miguel Fernández.



Anteros"— adquiere, gracias a una emocionada sabiduría verbal, sustantivadora, fija atmósfera.

A pesar de que los atenúan y exculpan su colaboración social y una presteza de discretas hermandades, perceptible es que aislamiento y soledad, cotidianos, constituyen las claves ambientales de la lírica trama de Miguel Fernández, configuran una dedicación que no admite desmayos. En su lejanía habitual de los centros literarios españoles ha labrado un edificio distintivo de considerable magnitud a estas fechas y que ofrece una consecuencia temática donde no se excluyen los misteriosos interiores y los exigentes pero compensatorios senderos.

Si bien Miguel Fernández —reflexión y clarividencia aunados— no cesará de remodelar nuevos ciclos de poemas, el haber aparecido este año la segunda edición de "Credo de libertad", que inició en 1958 su inconfundible cadencia, y recientes, de prensas granadinas, "Las flores de Paracelso", gran ejercicio de virtuosismo, dan idea de una producción sistemáticamente significativa, redondeada, y, además, sin desniveles primerizos ni maduras aguanosidades.

El poemario "Credo de libertad" comparece hoy sin un solo pliegue de añejez, limpio de gesticulación tímida, declarados los que serían abanicos argumentales y facultades de ritmo y rima, explayados después en "Sagrada forma", "Juicio final", "Monodia", "Atentado celeste".

Los propios títulos enuncian, y los correlativos textos atestiguan, una consagración a lo que nuestro devenir e intuir poseen de comunal y singular, día o conflicto de perennidad y fugacidad que encarnamos y nos desgarran:

"Ha nacido esta mañana/ha procreado a la tardely va a morir esta noche".

A partir de esa presencia —"Credo de libertad"— y a través de los hitos apuntados, Miguel Fernández, que parece asentarse en el frágil equilibrio de la fraudulenta cercanía y del efectivo distanciamiento, pocas leguas de mar interferidas, desorienta ahora a los alicortos con "Las flores de Paracelso", botánico y esotérico ejercicio de belleza, en el que los apresurados pueden no advertir la sangrienta señal del olivo, más acusatoria que las trilladas estridencias y que viene a resumir sin número de trapelías y las respectivas insurgencias "en la plaza redonda del conjuro":

"El reto que maldijo del tirano
el cruel fusilamiento,
en la pólvora queda.
El mártir muere el olivar.
¿Le veis?
En la alba camisa
la roja flor de sangre se enarboia
y cuaja allí el veneno".

Sea cual fuere el destino, distante o próximo, de la "plaza fuerte" (¡oh, resquebrajado castillo, cercado torreón, rival puerto contiguo! de aquellos polvos estos lodos...) donde Miguel Fernández y su círculo de afines españoles cobraron nacer y residencia, queda y permanecerá el noble afán justificador, en letras y ánimos, de un grupo a su estilo extrañado. ■



José Herrera Peters.

Tornero, el actual vicepresidente de ARDE, que, dicho sea entre paréntesis, salió muy bien librado —según su propio testimonio— tanto política como económicamente de los resultados de la guerra y posguerra, Memorias que llegan hasta 1975. Sus relatos no tienen el patetismo de los de Eduardo Guzmán o Angel María de Lera, pero no por ello deja de ofrecer una visión de la realidad que Márquez Tornero completa con la constante referencia a los sucesos internacionales. A modo de apéndice, Testimonio de mi tiempo incluye el texto de la Constitución de la Segunda República Española, que nos sirve para recordar aquello de que "España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de libertad y justicia", o aquel artículo 6, en el que se decía que "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional". ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

CANCION

Labordeta y los enterradores

LOS recientes recitales de José Antonio Labordeta por diferentes lugares de la Península, y, especialmente, los multitudinarios de Madrid —donde hubo que ampliar las sesiones, habitualmente de dos, hasta un número precisamente doble— hacen pensar en un "renacimiento" de la canción popular, ahora que